

La autogestión yugoslava
Por una apropiación plural de los balances. Contra un entierro
programado
Catherine Samary,

La crisis y el estallido sangriento del sistema y de la federación yugoslavos han sentado (en el exterior de Yugoslavia) la idea de que no había nada que perder, que conservar o que aprender de aquel pasado: bien porque la autogestión no habría sido más que un burocrático papel mojado, sin ninguna realidad; bien porque se trataba de un sistema fundamentalmente ineficaz, cualesquiera que hayan sido sus generosas intenciones. Esta percepción contrasta con la importancia de la “yugonostalgia” tan constatada hoy en día entre las poblaciones de la antigua federación, frente a las denigraciones arrogantes ante cualquier aportación de este pasado.

Pero las palabras quedan tan enturbiadas como los balances, que no han tenido espacio político (y esto forma parte de las causas profundas del fracaso...) ni tiempo para ser extraídos. Las limpiezas étnicas de territorios y el desmantelamiento de la federación durante la década de 1990, sin emergencia de alternativa internacionalista y autogestionaria, refuerzan a las corrientes reaccionarias que, a nivel mundial o local, quieren romper cualquier vínculo con las revueltas y revoluciones pasadas: quieren imponer su monopolio de interpretación de los fracasos para quebrar las raíces aún resistentes con estos pasados y cualquier veleidad de contestación del orden existente.

Abordar los balances del pasado es una tarea política de importancia en las resistencias actuales. Sólo podrá ser asegurada por medio de confluencias de puntos de vista internos/externos respecto a la antigua Yugoslavia que impliquen cierta pluralidad de experiencias y de puntos de vista. Estos encuentros entre diferentes generaciones son esenciales, sobre todo, en el “espacio yugoslavo”¹, con el objetivo inmediato no sólo de preservar aunque sólo sea una “memoria” de las luchas y experiencias pasadas, sino el de permitir también su análisis por jóvenes que no han vivido más que el desmantelamiento y la desintegración social del antiguo sistema, y de los menos jóvenes, actores vivos todavía de algunas “bifurcaciones” históricas donde todo era todavía posible...

Los necesarios debates deberían tratar ante todo de los principios de la autogestión, sus fines (independientemente de las palabras para designar los sistemas). Si se quiere evitar los dogmatismos o sectarismos, estos fines deben ser explicitados y, desde luego, deben poder ser discutidos. Potencialmente enriquecidos y actualizados, son en cierto modo, la “huella” intergeneracional, incluso con vocación universal, de aspiraciones profundas, duraderas, pasadas/presentes, expresadas en las luchas y movimientos democráticos de masas. De este trabajo de explicitación de los fines, puede nacer una clave de lectura crítica de las experiencias y “modelos”. A la luz de los conflictos asociados a estas aspiraciones, podría releerse la historia de la autogestión yugoslava y de su desmantelamiento.

Se suele asimilar autogestión y experiencia yugoslava de “socialismo de mercado” (un sistema en el que la autogestión estaba atomizada, empresa a empresa, con el mercado como coordinación, por tanto sin planificación). Pero ese modelo no fue más que una fase (además extremadamente conflictiva) de la historia de la autogestión yugoslava. Ésta fue introducida y modificada en el curso de tres décadas de reformas, en función de grandes conflictos. Además del punto de partida (el conflicto, duradero, con la URSS estalinizada), las contradicciones internas que implicaban a los “actores” del sistema produjeron tensiones y reformas. Y a menos que se conciba un sistema “doméstico”, los conflictos y contradicciones deben ser integrados en el pensamiento, no como “anomalías”, sino como forma de existencia de la democracia por inventar. El estudio de los conflictos yugoslavos no es por tanto el de un fracaso, sino de una experiencia viva confrontada a lo que cualquier movimiento de emancipación deberá resolver. Sus actores eran los trabajadores autogestionarios (en su complejidad, desigualdad de formación, diversidad cultural, lingüística, religiosa, relaciones nacionales, de género, etc.); pero también los “pueblos” de una federación multinacional, con identidades subjetivas cambiantes, según las relaciones de tensiones o, por el contrario, de acercamiento que se fueron construyendo. Y el conjunto estaba enlazado por combinaciones evolutivas de plan y de mercado, aunque también, evidentemente, por instituciones políticas y sindicales o asociativas que “representaban” a esos actores.

La cuestión del horizonte de gestión, de los derechos y de las instituciones que permiten las tomas de decisión, la solidaridad sin asfixia de las diversidades, está desde luego en el centro de las complejas cuestiones a debatir y resolver, por aproximación, en contextos dinámicos –distinguiendo por tanto principios generales susceptibles de ser aplicadas bajo distintos cielos, por una parte; y por otra, respuestas concretas, y por tanto “medios” de resolver las cuestiones que se plantean, en función de los contextos, valores dominantes, niveles de desarrollo, tensiones, etc.

Por tanto hay que clarificar de qué se habla, las nociones utilizadas. No se podrá progresar sin distinguir los fines (autogestionarios) y los medios o “sistemas” propuestos para responder a ellos, capaces de tener en cuenta... lo imprevisto.

Las palabras para denominarlo. Objetivos y medios

Si la noción de autogestión conserva, o recupera, un sentido es en función de su capacidad para expresar fines sencillos y transparentes, fáciles de explicitar. ¿*Autogestión*? El futuro dirá si se retoma esa palabra o se encuentran otras para expresar lo que se quiere decir. Pero *autogestión* tiene la ventaja de decir de forma sencilla algo esencial: gestión por sí mismo, por cada individuo.

Esto no significa individualismo y egoísmo, sino responsabilidad individual, libre arbitrio personal. La cooperación, la “asociación libre de productores”, puede ser enriquecida con una amplia óptica de la diversidad de los individuos en múltiples facetas: productor en diversos campos, y dotado de distintas cualificaciones, y usuario; o también ciudadano en el sentido más

amplio de los planteamientos políticos. Miembro de diversas comunidades: hombres/mujeres, padres/madres, jóvenes, personas mayores, comunidades profesionales, religiosas, culturales diversas, etc. Asociaciones que pueden expresar libremente puntos de vista específicos que tampoco son homogéneos en el seno de cada “comunidad”, para que sean tenidas en cuenta cuestiones ocultas, discriminaciones –sin que corresponda a cada comunidad resolverlas por sí sola: la ampliación de los horizontes de todos(as) es esencial en este proceso que combina luchas y formas de organizaciones autónomas y, en su mejor sentido, mestizaje político. El individuo debe mantenerse libre de gestionar la articulación cambiante y de geometría variable de sus propias facetas: lo que domina, depende de la cuestión planteada al respecto.

¿Gestión de qué? No hay que ser limitativo a este nivel: no hay ninguna razón, por ejemplo, para que un trabajador sólo sea responsable de la gestión del producto que corresponde al empleo en que se encuentra (muchas veces, por casualidad). Además, ¿por qué debería serlo exclusivamente: por qué la organización de correos y el precio de los sellos corresponderían sólo a los trabajadores de correos? ¿Por qué las condiciones de producción en las minas deban ser sólo un asunto de los mineros? ¿Por qué dejar sólo a los trabajadores de los servicios de transporte público o de producción de vehículos la respuesta a la decisión sobre lo que es preferible producir? ¿Y por qué las cuestiones de distribución de rentas, de diferencias aceptables o no, de organización del tiempo de trabajo y de ocio deban pertenecer sólo a categorías particulares? De forma más general, hay que pensar la “autogestión” como derecho/responsabilidad de cada cual para participar en la gestión de todo lo que afecta a este individuo en la (re)producción de los medios de existencia –ya se trate de la educación o del trabajo, sea manual o intelectual, industrial, agrícola o de servicios, remunerado o voluntario, incluyendo el trabajo doméstico- y de lo que es necesario en general para vivir. Se trata de que cada individuo pueda ser responsable de todo lo que le afecta.

Dicha finalidad expresa un proyecto emancipador radical sin necesidad de que se llame “anticapitalista”. Este *derecho humano general a una plena responsabilidad y a los medios para asumirla*, puede ser defendido en el corazón de sistemas que dicen predicar la “libertad, igualdad, fraternidad”, aún siendo capitalistas. Es una enorme palanca política, social y moral para mostrar la gran distancia entre estos derechos proclamados y la realidad. Y puede poner al desnudo al sistema (capitalista) en sus relaciones de explotación y todas las desigualdades de clase que genera ante los derechos reconocidos, obstáculos básicos para reducir la distancia entre la realidad y estos derechos. De igual manera, en los proclamados países socialistas, se podían (y se podrán) abordar los derechos reconocidos a la “propiedad social” y responsabilidad de su gestión, en un marco que se supone sin relación de explotación y de dominación, para criticar el burocratismo y las tendencias al monopolio de poder de todos los partidos y Estados autoproclamados socialistas, o autogestionarios o incluso “sin partidos”.

La autogestión como principio o derecho general es, por esencia, contradictoria con las relaciones de dominación y de explotación, sean cuales sean sus mecanismos específicos de realización –capitalista o no.

Por eso la autogestión, en sus fines, puede ser asociada al “socialismo” (o “comunismo”). Pero a condición de proceder de igual manera ante palabras y nociones tan embarulladas por la experiencia: explicitar los fines que pueden expresar (hoy como ayer, y más que nunca) aquellas palabras –por encima de y criticando a los “modelos”. ¿No es acaso el objetivo del “socialismo/comunismo” la plena y universal responsabilidad de los seres humanos, a título individual y colectivo, sobre su trabajo y la manera de satisfacer las necesidades, y el cuestionamiento de cualquier relación de explotación y de dominación?

Hay que poder integrar en el balance ... lo imprevisto o lo que en el pasado ha sido subestimado: las relaciones de dominación hombres/mujeres que no han sido suprimidas, ni mucho menos, por el cuestionamiento de la propiedad privada capitalista; las relaciones de dominación entre naciones. Y también las nuevas estratificaciones sociales que subsisten o se desarrollan, incluso cuando se cuestiona a la burguesía como clase específica asociada a las relaciones de explotación mercantiles capitalistas. Reducir todas las relaciones de dominación/explotación contemporáneas a las relaciones burgueses/proletarios (o al capitalismo, extendiendo su concepto más allá de lo que le es específico –la lógica de acumulación monetaria y su apropiación a través de relaciones de propiedad mercantiles dominantes) –es un empobrecimiento del pensamiento. Es también una obcecación sobre lo que debe ser pensado como un enfoque no previsto por Marx - el estalinismo- una dificultad “normal” de cualquier revolución, y no una excepción, aunque circunstancias históricas propias del aislamiento de la revolución de Octubre y de la falta de perspectiva le han dado una forma monstruosa. La perspectiva de todo un siglo y el análisis de las reformas y de las nuevas revoluciones surgidas en conflicto con la URSS dominante, deben ayudar a pensar y a combatir conscientemente contra esos desarrollos burocráticos y represivos: están presentes en germen en los partidos, incluso los de la izquierda radical que denuncian el estalinismo y sin embargo prohíben las tendencias en su seno, o evitan analizar los comportamientos dominadores y burocráticos en las relaciones con los movimientos sociales. Cualquier movimiento con un proyecto emancipador debe asumir el análisis y la crítica del “sustituismo” de partido, de las desigualdades de poder asociadas a las desigualdades de cualificación, de género, de origen. E incluso de los comportamientos pasivos que cristalizan sobre la base de relaciones de confianza iniciales, para convertirse en la base de chantajes afectivos y llamamientos a la disciplina y la lealtad “de partido” donde el individuo debe someterse a un “interés general” definido e impuesto por otros.

La reflexión sobre los medios institucionales, legales, prácticos, de combatir el burocratismo y el “sustituismo”, antes de que se transformen en poder cristalizado de una “élite” o de un partido/Estado, es una componente esencial de la reflexión sobre la autogestión. Y no está probado que la lógica anarquista (mucho más sensible a estos temas que los marxistas) de supresión de las instituciones, de los partidos, de las asociaciones, sea la respuesta a esta cuestión. La herencia debe ser revisada de manera sistemática, con una relación analítica entre los fines y los medios² tal como han sido empleados en la gran diversidad de experiencias.

Aunque la opción democrática se reconoce en general como algo esencial, estamos muy lejos, por ahora, de tener respuestas satisfactorias (lo suficientemente comprobadas de forma experimental) en cuanto al modo de organización de la economía y de la democracia, sobre la utilización del dinero, de la planificación y del mercado; ni en cuanto a las distintas formas posibles de propiedad y, de manera general, a las instituciones adecuadas a tales fines. Pero no partimos de cero, si se acepta estudiar lo que ha existido –incluida la experiencia yugoslava (aunque también todas las experiencias cooperativas y asociativas del pasado o del presente...).

En la apropiación colectiva y la discusión de los “modelos” y experiencias históricas, el estudio de la Yugoslavia titista es excepcional por su amplitud y su audacia innovadora, en un contexto particularmente difícil (“detalle” que suele ser omitido): por primera vez, un régimen político del siglo XX surgido de una revolución victoriosa tras sangrientas luchas antifascistas³, y en un terrible entorno capitalista e imperialista, se enfrentaba a la primera experiencia de degeneración burocrática de una revolución, la de la URSS. Y para resistirla, decide abolir el trabajo asalariado apelando a Marx contra Stalin.

Hay que subrayar ante todo la génesis, la fuerza y los límites de esta audacia, y después los diferentes sistemas en que se han insertado los derechos sucesivos de gestión reconocidos a los trabajadores a partir de 1950, en respuesta a conflictos.

La autogestión yugoslava, para resistir a Stalin

Si los cuadros comunistas yugoslavos (de todas las nacionalidades, en torno a Josip Broz llamado Tito) no hubieran sido alimentados en su educación (muchas veces en las cárceles de la dictadura yugoslava de entreguerras, que ilegalizó al PC) por el estudio de los soviets surgidos en las revoluciones de Rusia; si no hubieran sido formados en el crisol de luchas internacionalistas⁴, no habrían tenido ese aliento que les permitió dirigir hasta la toma del poder una poderosa movilización popular revolucionaria y multinacional; y no habrían podido resistir al Kremlin. Esta resistencia no surgió en 1948 bajo un cielo sereno y sin tempestades en sus relaciones, ambiguas, con Moscú.

En el reparto del mundo decidido entre grandes potencias aliadas (Roosevelt, Churchill, Stalin...) contra el fascismo durante la guerra, Yugoslavia no formaba parte del “*glacis* soviético” (de la zona de influencia reservada a la URSS): *Habría debido* seguir siendo una monarquía anclada en la parte “occidental” del mundo. El Partido Comunista, cuyas fuerzas habían pasado de unos 5.000 miembros a varios centenares de miles de partisanos armados en el contexto de la resistencia, estaba en condiciones de rechazar la monarquía y los *sillines* parlamentarios que le habían prometido, cuando había sido prohibido y reprimido por la dictadura en la primera Yugoslavia (entre las dos guerras mundiales), dominada por la dinastía serbia.

Tito no era un “hombre de Stalin”. Como organizador las Brigadas Internacionales en España y conociendo la desaparición de antiguos brigadistas y de conocidos suyos en las prisiones de Moscú, desconfiaba del Kremlin. Además, muchos cuadros del propio PCY habían sufrido las prisiones de la dictadura bajo el reino de la monarquía serbia refugiada en Londres durante la guerra, tras la invasión de Yugoslavia por las tropas del Eje alemanas e italianas. Este primer régimen yugoslavo había sido percibido por añadidura como una “prisión de pueblos” por su aspecto unitarista (que no reconocía toda la diversidad de los pueblos de la región), al mismo tiempo que se mantenía dependiente de la financiación capitalista externa, incapaz de asegurar la industrialización de la mayor parte del país.

Los partisanos, a la cabeza de un ejército popular de liberación compuesto por unos 500.000 combatientes, con un estado-mayor comunista, establecieron órganos de poder en todos los territorios liberados, sobre bases que prefiguraban una futura federación. Ello dio a la resistencia una profunda legitimación y fuerza contra los “*ustachis*” (fascistas) croatas y frente a la otra resistencia nacionalista serbia de las fuerzas “*chetniks*” pro-monárquicas y anticomunistas, reconocida inicialmente por los Aliados. Los Comités de Liberación Nacional establecidos en los territorios liberados por los partisanos distribuían la tierra a los campesinos. En un país que era todavía en un 80% agrícola, éstos representaban la inmensa mayoría de los miembros de base del PC, aunque los intelectuales y los obreros fueran los cuadros. Fueron establecidos Comités de Liberación Nacional como órganos de poder locales que anulaban las deudas de las poblaciones pauperizadas y estructuraban al ejército y a los territorios sobre bases federales (reconociendo la diversidad de naciones yugoslavas). Pese a las protestas de Stalin que exigía un “respeto” de los tratados diplomáticos, los comunistas yugoslavos no escondían “la hoz y el martillo” que simbolizaban sus fines.

El acto fundador de la segunda Yugoslavia se situó en plena guerra, sobre bases revolucionarias y democráticas que aseguraron la popularidad, la eficacia y por tanto la victoria contra el fascismo, al mismo tiempo que la derrota de las corrientes nacionalistas y de los proyectos monárquicos: los delegados de los Comités de Liberación Nacional de todos los territorios, reunidos en 1943 en la conferencia del Consejo Antifascista de Liberación Nacional de Yugoslavia (AVNOJH en sus iniciales serbo-croatas) proclamaron la nueva Yugoslavia sobre estas bases federativas, rechazando explícitamente la monarquía, en contra de la opinión de los Aliados. Los representantes de Gran Bretaña, llegados al lugar para constatar las relaciones de fuerzas, tuvieron que reconocer a los partisanos como la resistencia de base antifascista ampliamente dominante y popular (y no a los *chetniks* monárquicos).

Paralelamente, las confluencias de los dirigentes comunistas de toda la región (de Bulgaria a Hungría, pasando por Rumania, Albania y Grecia) con los del PCY, preparaban proyectos de confederación balcánica no subordinados a los criterios y al control del Kremlin...

Fue esto, y sólo esto, lo que quiso destruir Stalin en 1948 al “excomulgar” a la Yugoslavia titista. Ésta fue acusada de forma falaz de

haberse pasado al campo “enemigo” (imperialista). La ruptura no era deseada por los dirigentes yugoslavos, que habían reprimido cualquier crítica interna de la URSS y habían reproducido su “modelo” centralista hasta el momento de la ruptura. En efecto, al organizar la resistencia yugoslava sobre bases independientes de Moscú (sobre todo en el plano militar, la base de su poder), habían combinado dos opciones políticas: por un lado, no habían respetado en la práctica ninguno de los límites impuestos por Stalin y los Aliados y la lucha antifascista que habían dirigido triunfó porque era profundamente popular y eficaz en su capacidad de derrotar al fascismo y a sus aliados, sobre el terreno. Pero, al mismo tiempo, contaban con la ayuda soviética en la relación de fuerzas internacional y en la reconstrucción de posguerra; y no habían expresado públicamente críticas hacia Moscú –llegando a aceptar la decisión de establecer en Belgrado el Buró del Komintern, tras la guerra, sabiendo que de esta manera quedaban “bajo vigilancia”.

El cisma Stalin/Tito fue (en el mundo entero) inesperado: Moscú había alabado los méritos de Tito y éste se declaraba el “primer estalinista”. Tras el brutal cese de toda ayuda soviética y las mentiras que intentaban legitimar este abandono ante los ojos del movimiento comunista mundial, se trataba de aislar a un régimen cuya independencia corría el riesgo de convertirse en una mancha de aceite, capaz de contestar la hegemonía soviética sobre los PC y en primer lugar sobre todos los de la región.

El régimen titista fue tachado (en continuidad con los grandes procesos de Moscú) de espía “pro-imperialista”; ¿no era una prueba de esta acusación el rechazo a colectivizar las tierras de los pequeños campesinos? Una ola de procesos estalinistas se extendió por la región, combinada con purgas y ejecuciones o encarcelamientos promovidos por el Kremlin contra todos los “titistas”, reales o presuntos, de los PC de Europa del Este y de otras partes, entre 1948 y 1954⁵. Todos los PC occidentales –salvo el PCF– se alinearon con las tesis de Moscú.

Milovan Djilas, dirigente del PCY en 1948, después de la ruptura con Stalin ofreció una interpretación del comportamiento del Kremlin que retomaba en sustancia la tesis de la degeneración burocrática de la revolución rusa que sostenía Trotsky en “La Revolución traicionada”. Subrayaba cómo la situación de “fortaleza asediada” y de aislamiento de la revolución de Octubre había favorecido la estatización del régimen y su transformación en gran potencia que intentaba imponer su hegemonía a los partidos hermanos. Algunos años más tarde será él mismo reprimido por haber criticado en la misma Yugoslavia las tendencias al burocratismo y a la emergencia de una “nueva clase”.

La introducción de la autogestión desde 1950 pretendía, de forma coherente, distinguirse radicalmente del “modelo” soviético –aunque sin cuestionar el sistema de partido único. La autonomía, la profunda popularidad de la revolución yugoslava, la realidad de las convicciones comunistas de sus dirigentes, permiten comprender esta audacia. Pero los límites iban a estar marcados por la ausencia de democracia socialista real, y por la ambigüedad de las relaciones con la URSS post-estalinista⁶.

Fue el primer gran cisma del “campo soviético”, proclamando oficialmente el final del trabajo asalariado como objetivo central del proyecto socialista, al mismo tiempo que una primera crítica de la URSS. Iba a abrir la vía a un verdadero pensamiento marxista crítico e innovador, cuyo dirigente Eduard Kardelj, teórico del régimen, fue sin duda un símbolo sin equivalente en los otros partidos comunistas en el poder⁷. Y, sobre todo, en los márgenes abiertos en el interior de la Liga de los Comunistas Yugoslavos y en su periferia se expresaron diversas corrientes de análisis marxista, en particular la revista *Praxis* que organizó durante años encuentros con la nueva izquierda internacional, en la isla de Korcula. Pero estos márgenes de libre expresión fueron percibidos como peligrosos “desbordamientos”, desde el momento en que iban a desarrollarse movimientos autónomos del partido (en la juventud, la *intelligentsia* o los sindicatos), a final de la década de 1960, en el contexto de las tensiones producidas por el “socialismo de mercado”.

Las tensiones entre fines autogestionarios y derechos: las diferentes reformas yugoslavas

El balance de tres décadas de la autogestión yugoslava está *lejos de ser* unilateralmente un fracaso, pero combina dos rasgos contradictorios:

- una profundización *de los derechos* de la autogestión (que expresan una profunda popularidad de los derechos reconocidos, como factor de dignidad): es una de las *principales fuentes de crecimiento y de elevación del nivel de vida* hasta finales de los años 1970;
- la ausencia de marco político (institucional) democrático adecuado para permitir a los propios autogestionarios resolver las tensiones y dificultades surgidas.

Su fracaso y después su destrucción es el resultado de una combinación de factores político-económicos *internos y externos*: la burocracia de los diferentes partidos/Estados, al autonomizarse desde los años 1970 tanto respecto de los militantes y dirigentes asociados al pasado revolucionario como de las instituciones federales para acrecentar la confederalización del sistema, será el crisol –como en otras partes– del desplazamiento de una parte sustancial de estos aparatos hacia la mundialización capitalista, bajo presión externa de la deuda a comienzos de los años 1980⁸.

Pero recordemos las grandes etapas de este proceso no lineal.

La primera fase (1953-1965) conoció las mayores tasas de crecimiento, apoyadas en la introducción de los consejos obreros. Su gestión local se confrontaba a una planificación cuyos criterios y decisiones no controlaban. El plan sin embargo era flexibilizado, concentrado en las grandes prioridades, y basado en fondos de inversión procedentes del presupuesto del Estado.

En el primer congreso de la autogestión organizado en 1957 para resistir al nuevo intervencionismo soviético manifestado en Hungría (en 1956), más del 60% de los 1.700 delegados eran obreros en activo y un 80% poco cualificados. Y en los años 1960, la autogestión anunciada como *vía universal al socialismo* (no sólo yugoslava) era ya sentida como un derecho y un ideal a alcanzar para conseguir la plena responsabilidad de los individuos en todas las

esferas de la sociedad. Pero el mantenimiento de una planificación, aún flexibilizada, bajo control de instancias federales del partido/Estado era fuente de conflictos tanto con los órganos de autogestión como entre las repúblicas. Se habría podido socializar, por medio de formas autogestionarias de representación, tanto el plan como el Estado, democratizando los procedimientos de decisión y de gestión de los fondos públicos –lo que suponía también renunciar al monopolio político del partido único. Pero no fue ésta la orientación de los dirigentes titistas. Su privilegio de poder político quedó preservado, ensanchando los márgenes del mercado.

La segunda fase (1965-1971) es la única que puede ser calificada como socialismo de mercado. Fue muy corta, a causa de las tensiones producidas por las reformas.

Éstas desmantelaron los fondos de inversión y toda planificación, ampliando así los mecanismos de formación de los precios por el mercado, incluso el mercado internacional por la disminución de protecciones sobre el comercio exterior. El propio sistema bancario fue transformado, orientándolo hacia criterios de asignación de los recursos sobre bases de rentabilidad.

Pero hay que comprender los planteamientos subyacentes, no reducibles a los del partido único, y que pueden reproducirse en otros sitios: estas reformas, en un contexto de gran crecimiento y popularidad del régimen, respondían por una parte a las presiones de las repúblicas ricas que querían aumentar la confederalización del régimen en el plano institucional (con mayores derechos de las repúblicas respecto al centro federal), pero sobre todo, por parte eslovena y croata (las repúblicas más ricas) cuestionando las políticas de redistribución desde las regiones ricas hacia las demás. Además, la descentralización mercantil respondía también a las demandas de más derechos de autogestión reconocidos a los trabajadores (derechos de empleo y de despido, derecho de gestión de diversos fondos) en el seno de las empresas, lo que era sentido como el cuestionamiento de cualquier plan en provecho de una gestión empresa a empresa, unidas por el mercado, supuestamente neutro y eficaz –con los bancos asegurando la asignación de los recursos en función de la rentabilidad.

Esta segunda fase se tradujo pronto en un ahondamiento de las diferencias de rentas entre empresas y regiones, el desarrollo del paro y el ascenso de la inflación. Se produjo una multiplicación de huelgas obreras y universitarias entre 1968 y 1971 contra esas desigualdades, contra la “burguesía roja”, por una “autogestión de abajo a arriba” (en sustancia, por una planificación autogestionaria que encuadre y limite las relaciones mercantiles). Paralelamente, la desagregación de las solidaridades entre regiones se expresaba por reivindicaciones procedentes de las direcciones de las repúblicas más ricas (Eslovenia y Croacia) que apuntaban a hacer más sistemática aún la descentralización: para ellas se trataba, por una parte, de conservar la integridad de los recursos en divisas provenientes de sus intercambios; y por otra, de cuestionar los fondos de ayuda que todavía subsistían a las regiones menos desarrolladas, en particular en beneficio de Kosovo, la región más pobre de Serbia.

La izquierda marxista denunció el “socialismo de mercado” como una respuesta ilusoria y llena de trampas, al sofocamiento real de la autogestión por el sistema de planificación antes en vigor, en lugar de trabajar por su democratización real. Criticaba la pérdida de sustancia de los derechos de autogestión en el estrecho horizonte de las empresas sometidas a la concurrencia del mercado, la presión de criterios de rentabilidad contrarios al principio de ganancias según el trabajo, así como la autonomización rampante de las direcciones de empresas y de los bancos después de la disolución de los fondos planificados. El ascenso de las huelgas acompañaba estos procesos que se traducían también, como en la Checoslovaquia de 1968-1969, en la radicalización de los sindicatos oficiales.

La legitimación ideológica y legal de las reformas había sido la propiedad social autogestionada, interpretada de hecho como propiedad de los colectivos de empresas coordinados por los bancos. Y esto mismo iba a facilitar la contestación en nombre de la autogestión y de una profundización de la reflexión sobre la propiedad social, criticando a la vez el estatismo y el corporativismo de empresa...

Bajo la influencia de las resistencias sociales y los análisis formulados por la izquierda marxista, el movimiento estudiantil reivindicó en 1968 la *¡autogestión de abajo arriba!*, una planificación autogestionaria y la representación política de los órganos de autogestión a escala federal en cámaras *ad hoc* que *amplien el horizonte de la gestión a la sociedad en su conjunto y politicen sus enfoques*. Las “privatizaciones fraudulentas” fueron denunciadas, tras las “empresas de grupos de ciudadanos”, el crecimiento de las desigualdades y la autonomización de las instancias de gestión tecnocráticas y financiera.

El burocratismo y el partido único, incluyendo el culto a Tito, suscitaban reacciones críticas y cáusticas entre los jóvenes –como lo testimonian los periódicos, sobre todo en Eslovenia. Pero los ideales socialistas no se encontraban desacreditados y la solidaridad con los pueblos en lucha contra el imperialismo era real, ante todo en la juventud. Las libertades culturales adquiridas, gracias a la autogestión practicada en la edición, la universidad y en los medios de comunicación, son ciertamente muy superiores –pese a la interdicción del pluralismo político– a las de muchas “democracias” parlamentarias.

Paralelamente, en Kosovo, provincia de Serbia, los albaneses que representaban el 80% de su población, se adueñaban de los primeros márgenes de descentralización económica e institucional del sistema introducidos en 1965 para reivindicar en 1968 la igualdad de derecho con los pueblos eslavos que constituían la federación, junto a un estatuto de república para la provincia⁹.

Estos movimientos encontraron poco eco internacional, porque expresaban una contestación de el seno de un régimen titista, puesto aparte en el mundo comunista: muchos que criticaban a la URSS y a la vez se consideraban socialistas, se inclinaban hacia el régimen yugoslavo idealizado, desconfiando de sus contestatarios.

La Primavera de Praga en 1968, por el contrario, tenía un impacto mundial porque surgía en pleno corazón del “campo soviético”, por una parte;

pero también porque, catalizada por las reformas impulsadas por un ala reformadora del partido dirigente, el movimiento encontraba una amplitud muy diferente en el plano nacional e internacional...

La intervención soviética en Checoslovaquia ocultó lo que estaba pasando en Yugoslavia, a la par en importancia; pero también porque, en un país que ya había sufrido las agresiones estalinianas, el régimen titista se aprovechó de ellas para conseguir, a su manera, restablecer discretamente la situación.

La última fase (1971-1980), antes de la crisis de los años 1980-1990, fue típica de las respuestas titistas ante los conflictos: una combinación de represión selectiva y de derechos acrecentados, sustanciales cambios constitucionales concedieron en gran parte derechos reivindicados, tras haber reprimido antes los movimientos que los habían expresado.

Tito eligió las aspiraciones socialistas expresadas por los jóvenes. Pero los líderes fueron encarcelados. A los enseñantes de *Praxis*, considerados responsables de los desbordamientos juveniles, se les prohibió ejercer la enseñanza (después de una resistencia de varios años en las estructuras de autogestión universitarias). Conservaron sus empleos de investigadores, pero la revista *Praxis* y sus conferencias internacionales fueron prohibidas. Tal como lo había propuesto la izquierda marxista, el sistema bancario fue resocializado, subordinado a las empresas autogestionadas. Contra los poderes tecnocráticos, las grandes empresas fueron divididas en unidades de base ("órganos de base del trabajo asociado", OBTA en sus iniciales serbo-croatas) con poderes consolidados y dotados del derecho a asociarse en una "planificación autogestionaria", contractual. Esta planificación, y la transformación de los fondos bancarios subordinados a la autogestión de las empresas, representaba un parón al socialismo de mercado. Se instituyó un sistema de delegaciones en Cámaras de la autogestión, aunque por desgracia limitadas sólo a las repúblicas y provincias, sin proporcionar por tanto un marco multi-nacional (inter-republicano) en el que los trabajadores autogestionarios podrían superar los horizontes nacionalistas en el plano federal).

"Comunidades de interés autogestionarias" (SIZ, en iniciales serbo-croatas) asociaron a los usuarios y trabajadores de los servicios, en las guarderías, hospitales, transportes (lo que extendió de forma considerable las redes de servicios en los pequeños municipios).

La nueva Constitución de 1974 confirmó todos estos cambios, desarmando por partida doble a la izquierda marxista contestataria: por la represión selectiva y por la institucionalización de una parte de sus críticas, fortaleciendo la imagen internacional innovadora del régimen.

De manera similar, aunque sobre bases incoherentes, la Constitución incorporaba una respuesta al movimiento croata que en 1971 reivindicaba, contra la izquierda marxista, más descentralización mercantil del comercio exterior y el derecho a conservar las divisas del comercio exterior. Estos derechos fueron institucionalizados después de haber reprimido a los dirigentes de la "primavera croata".

Paralelamente, el régimen titista se sirvió de la denuncia de la intervención soviética hecha también por la Albania de Enver Hodja para establecer lazos culturales con este vecino e intentar arreglar las cosas con los

albaneses de Kosovo. La nueva Constitución acentuó el aspecto confederativo del sistema y dio a Kosovo un estatuto de cuasi-república acercándose a lo que reclamaban los manifestantes albaneses reprimidos en 1968: Kosovo estaba representado en las instancias federales como las repúblicas y con los mismos derechos. La *clave étnica*, que establecía una rotación anual de la presidencia para cada nación, fue extendida a los albaneses. Pero no por eso se convirtieron los albaneses en un “pueblo constituyente”, dotado del derecho de autodeterminación. Y Kosovo siguió siendo formalmente provincia de Serbia, aunque Belgrado no tenía derecho de control sobre su gestión.

Slobodan Milosevic *zanjó* estas ambigüedades en 1989, reintroduciendo la subordinación de la provincia a Belgrado, con el apoyo de las instancias federales. Pero en los inmediatos años 1970 se reforzó la albanización de la provincia y la tasa de escolarización universitaria de los jóvenes albaneses fue una de las más elevadas, preparando de hecho un paro juvenil masivo.

Para intentar contener el aspecto eminentemente conflictivo y frágil de la Constitución, se incorporó a la misma el *papel dirigente del partido*. El partido había sido vaciado de su sustancia más militante y crítica; y durante los años 1980 perdió a los cuadros surgidos de la revolución, que habían hecho de árbitros en los conflictos, en particular el teórico del régimen, Eduard Kardelj y Tito. Corroído por la corrupción, el partido se distanció cada vez más de las bases nacionalistas, puesto que la confederalización del país ampliaba los privilegios de poder y de gestión económica de cada república y provincia... Tampoco había marco federal que diera peso a lo que unía a los trabajadores autogestionarios –ya que las Cámaras *ad hoc* sólo existían a nivel municipal y republicano/provincial –no nacional.

La combinación de derechos descentralizados crecientes (incluyendo la subordinación de los bancos a los órganos de autogestión de las empresas) y de represión favoreció por tanto el ascenso del cada cual para sí mismo, y un endeudamiento generalizado de una última fase de crecimiento.

Choque externo y factores endógenos de crisis: la ausencia de marco político de resistencia autogestionaria

Los conflictos petroleros y después, al filo de los 1980, el ascenso de los tipos de interés de los créditos externos, añadieron factores exteriores de aumento del endeudamiento a las causas internas.

Las resistencias (los millares de huelgas y las críticas de las repúblicas) que se opusieron a los diversos planes de reembolso de la deuda alimentaron la hiperinflación de los años 1980¹⁰. La cual dio argumentos a los preceptos neoliberales del Fondo Monetario Internacional (FMI), en este país como en otros. Las reformas del último gobierno yugoslavo de Ante Markovic en 1989 observan la doctrina liberal tanto en lo que se refiere a la llamada política de estabilización (contra la inflación) como en los cambios estructurales que afectaban a la propiedad. La política de austeridad intentó poner fin a los derechos autogestionarios, esto es, a la propiedad social, no estatal. Al no poder realizarse directamente la lógica de las privatizaciones, tuvo que pasar

por la estatización y la conquista territorial, convirtiendo en étnicos tanto los conflictos como los derechos nacionales y los derechos sociales...

El titismo no fue por tanto el único responsable del fracaso: las recurrentes presiones soviéticas y después las del FMI y del nuevo orden mundial y europeo en los años 1980, han pesado mucho. Pero en 1956 y a finales de los años 1960, una resistencia real del régimen yugoslavo frente al intervencionismo soviético, apoyando e intentando extender de forma internacionalista las aspiraciones socialistas autogestionarias, habría sido popular entre los países hermanos y en todo el mundo¹¹. Los dirigentes yugoslavos no actuaron así. La represión significó el ascenso de la corrupción y del descrédito del régimen, así como su incapacidad para ofrecer una salida a la crisis sobre bases socialistas.

La cuestión esencial no está en las medidas concretas sino en los procedimientos: nunca ha habido debates públicos, políticos en el buen sentido, sobre lo que podrían ser los criterios de eficacia (sobre los objetivos, por tanto) adecuados a la sociedad yugoslava autogestionaria. Nunca ha habido tampoco debates sobre los medios para conseguirlos y movilizaciones de interesados para poner en pie las decisiones comunes.

El giro hacia el liberalismo y el nacionalismo en los años 1980-1990 han sido el aterrador precio a pagar por esta falta de democracia: los “valores” nacionalistas se convirtieron en los puntos de apoyo de las diversas burocracias que se iban transformando en nueva burguesía intentando controlar la apropiación de las riquezas por medio de la formación de Estados-naciones sobre bases étnicas.

Todavía se pueden encontrar (en discusiones con protagonistas de los órganos de autogestión durante los años 1980) huellas de una contradicción: por un lado, la autogestión seguía siendo popular, e incluso lo era cada vez más entre los trabajadores (porque había sido necesario el tiempo de dos generaciones para un aprendizaje concreto asociado a un “estatuto” de dignidad y porque la descentralización de las estructuras de autogestión en las unidades de base la acercaba a los interesados)... Pero por otro lado, no tenían ningún marco político o sindical para expresar sus aspiraciones y apoyarse en ellas para encontrar respuestas a la crisis a escala de la sociedad en su conjunto. La popularidad de la autogestión entre los trabajadores se combinaba con su impotencia, y se enfrentaba a un sistema incoherente en el plano macroeconómico, expresado en la hiperinflación y los múltiples despilfarros, así como en la parálisis de conjunto del sistema. Esta crisis y la represión fueron conjuntamente las raíces de un giro esencial de la mayor parte de los intelectuales hacia el nacionalismo o el liberalismo. El lugar predominante en el aparato de los años 1980 de cuadros pragmáticos pegados a sus privilegios de poder, bajo presión de las grandes tendencias en marcha en el plano internacional, iba a marcar el fin de cualquier proyecto político significativo progresista en Yugoslavia.

La restauración capitalista: el desmantelamiento estatal de los derechos sociales y nacionales hacia las privatizaciones

Las transformaciones generales de la propiedad operadas en Yugoslavia a partir de 1989 fueron introducidas como una respuesta a la crisis económica para restablecer una coherencia de mercado. Ahora bien, en Yugoslavia más que en los otros países socialistas, los trabajadores gozaban de derechos explícitos como propietarios colectivos. Era imposible suprimirlos frontalmente, aún menos tras una consulta democrática, dada la popularidad de la autogestión entre los trabajadores.

La primera ley federal sobre las privatizaciones bajo el gobierno del croata liberal Ante Markovic (que fue objeto de adaptaciones en otras repúblicas en 1990-1991), *privaba a la propiedad social de su papel preponderante, situando a todas las formas de propiedad en el mismo plano.*

Las reformas de Ante Markovic de 1989-1990 fueron elaboradas y aceptadas por el conjunto de representantes de las repúblicas y provincias que participaban en las instancias federales sobre bases igualitarias y se beneficiaban del derecho de veto, sin ningún debate constitucional, sin ninguna consulta popular.

En esa época, Slobodan Milosevic ya estaba en el poder en Serbia. Formado en gestión bancaria, jugó un papel activo en la preparación de las reformas. Según Susan Woodward¹², que cita los trabajos que precedieron a la adopción de la ley, “las propuestas avanzadas por la *Comisión Milosevic* en mayo de 1988 fueron redactadas por economistas liberales y directamente sacadas del libro de recetas del FMI”. *Tenían como objetivos la supresión de los derechos autogestionarios y la emergencia, a un plazo, de una relación de propiedad capital/trabajo asalariado.* Pero en Yugoslavia, menos aún que en ningún otro sitio, dicho objetivo nunca fue explicitado. Había que dismantelar la propiedad social, sin decirlo. Y soslayar los derechos adquiridos, sobre todo en las grandes empresas.

La ley dismanteló el *aspecto societario* de la propiedad, dando a las empresas autogestionadas el estatuto *de verdaderos propietarios, con derecho a privatizar “su” empresa.* *La atomización de las empresas,* necesaria para la competición mercantil, cuestiona también la planificación autogestionaria. Pero la forma del proceso emprendido permitía mantener los derechos autogestionarios donde eran más concretos, esto es, en el horizonte limitado de la *empresa.* Cada colectivo de empresa debía comenzar por hacer evaluar “su” capital social, etapa que abría la vía a una ulterior privatización.

La primera fase de las reformas consistía por tanto en volver, sin decirlo y sin la menor consulta popular, hacia la *propiedad de grupo,* aunque explícitamente excluida por la Constitución de 1974. La “*refolución*”¹³ (combinación de revolución en el sistema y de reformas por arriba, sin movilizaciones reales por abajo que definieran los objetivos) estaba en marcha, eludiendo el tabú de la autogestión.

¿Qué Estado(s) iba(n) a ser beneficiario(s) y garante(s) de las privatizaciones?

La crisis socio-económica y política de conjunto de la década de 1980 afectó a la credibilidad del Estado federal. El nacionalismo post-yugoslavo proporcionaba una doble fuente de legitimación a una transición en dos planos: cambio de la propiedad y estallido de la Federación. Las antiguas ventajas de la autogestión socialista iban a ser sustituidas por las del comunitarismo nacionalista para las categorías más fragilizadas (trabajadores y campesinos que esperaban de “su” Estado que protegiera su empleo y su tierra) y la proclamación del derecho a abandonar la Federación (autodeterminación) consolidando el etnicismo/estatización de la propiedad.

Este derecho a la autodeterminación era ambiguo¹⁴: ¿se trataba de un derecho de los pueblos constitutivos de Yugoslavia o de un derecho de las repúblicas, sabiendo que estas últimas incorporaban por lo general fuertes minorías o varias comunidades reconocidas como pueblos? Aunque aquí no podemos discutirlo con amplitud, digamos que el derecho a la autodeterminación fue interpretado de manera conflictiva y evolutiva, en cierto sentido “a la carta”: derecho del Estado y procedimientos frecuentes de consulta de los ciudadanos por referéndum allí donde la comunidad que pedía la autodeterminación era mayoritaria; derecho de los pueblos en el sentido étnico-nacional prevaleciendo en aquellos sitios donde la comunidad afectada era minoritaria y repartida en varios Estados, rechazando cada una a las otras lo que exigía para sí misma.

En la década 1990, el estallido de la Federación tuvo por enfoque el establecimiento de fronteras por los nuevos Estados-naciones emergentes¹⁵, que iban a poder controlar las privatizaciones en su beneficio, por lo general de forma clientelista.

Pretendían apropiarse de las riquezas (y las divisas obtenidas de la exportación) correspondientes a esos territorios y, paralelamente, asegurar su inserción en orden disperso en la construcción europea y en la mundialización. Los conflictos y guerras en el espacio yugoslavo, sobre todo en Bosnia y en Kosovo, señalan, en el plano interior, esta lógica de control de los territorios, tributaria de mayorías étnicas.

Sin embargo, no todas las comunidades nacionales de la antigua Yugoslavia estaban dotadas de los mismos estatutos ni de los mismos derechos a la autodeterminación antes citados, ni de las mismas plataformas institucionales para hacer valer su causa.

Los albaneses y los húngaros de Yugoslavia no tenían el estatuto de “nación” (*narod* en el sentido étnico-nacional) sino de “nacionalidades” (*narodni*), término que pretendía evitar el de minoría y cuyo Estado de referencia se situaba en el exterior: no gozaban del derecho a la autodeterminación. En cambio, las provincias de Vojvodina y de Kosovo, que formaban explícitamente parte de la República de Serbia (artículo 1º de la Constitución de 1974), se beneficiaban de derechos que en la práctica se fueron imponiendo de forma progresiva, en especial un derecho de veto en las instancias federales, y a tener representantes en esas mismas instancias. Slobodan Milosevic “resolvió” las incoherencias de ese estatuto por la brava, restableciendo el poder de Belgrado sobre las provincias y, por consiguiente, sobre el polvorín de Kosovo.

Otras entidades frágiles, Bosnia-Herzegovina y Macedonia, cuyo estatuto de república y los derechos nacionales de sus respectivos pueblos habían sido consolidados por el titismo y el marco yugoslavo, pronto considerados “artificiales” y por tanto contestados, en su propio seno¹⁶ y por sus vecinos. Los representantes de estas dos repúblicas se esforzaron desesperadamente en mantener un marco yugoslavo de compromiso entre los proyectos cada vez más confederalistas de Eslovenia y de Croacia, y la recentralización de la Federación en beneficio de la mayoría serbia, preconizada por Belgrado. La secesión de Eslovenia y de Croacia, en junio de 1991, los colocó ante un dilema: la independencia al riesgo de confrontaciones, o el cara a cara con Serbia en una Yugoslavia mutilada.

Montenegro, por su parte, fue tomado entre varias lógicas pero, a falta de independencia, quedó atado a la consolidación titista de su autonomía y a sus prerrogativas económicas –que no llegó a ejercer verdaderamente hasta después de 1997 (leyes de privatización, sistema monetario, régimen aduanero propios)– como base de negociación de su alianza con Serbia, resistiendo a cualquier variante de Estado unitario, y orientándose después hacia la independencia.

Slobodan Milosevic se esforzó por controlar el territorio más amplio posible, jugando con todos los registros ideológicos. Se presentó como defensor de las minorías e intereses serbios en Kosovo, en Croacia y en Bosnia al tiempo que negociaba con el dirigente croata F. Tudjman el reparto de Bosnia y haciendo vibrar la cuerda “yugoslava”: ésta era esencial para conservar la integridad de una Serbia multiétnica, consolidar la alianza con Montenegro y no alienarse al ejército, preocupado por la perduración del Estado yugoslavo, fuente de sus privilegios.

Sin embargo, la derogación de las disposiciones de la Constitución de 1974 sobre la propiedad social y el estatuto de las provincias de Serbia marcó el inicio de su estallido. En junio de 1991, Eslovenia y Croacia, gobernadas por partidos independentistas llegados al poder en 1990, proclamaron su independencia, reconocida por la UE en otoño de 1991 y, jurídicamente, en enero de 1992.

La transformación del sistema iba a dar lugar en adelante a nuevos Estados independientes¹⁷. Son, sin ninguna duda, los éxitos de la autogestión yugoslava en Eslovenia, principal beneficiaria del pasado titista, y la no destrucción radical de estas conquistas (aquellos explican ésta...) el origen de la notable diferencia de Eslovenia respecto a los otros Estados surgidos del desmantelamiento de la federación y del sistema de autogestión¹⁸. Pero incluso esa diferencia, que es producto de resistencias sociales todavía vivas, sigue siendo intolerable y está bajo la presión de las instituciones europeas y de la mundialización. Es digna por tanto de ser estudiada y apoyada.

Traducción: VIENTO SUR www.vientosur.info

NOTAS

1. Éstos comenzaron, sobre todo en Eslovenia, con una conferencia internacional, en octubre de 2007, en resistencia a las nuevas interpretaciones oficiales de la historia que criminalizaban a la resistencia antifascista durante la Segunda Guerra mundial y rehabilitaban como “patriotas” a las fuerzas fascistas y anticomunistas. Cf. <http://uneventment.blogspot.com>.
2. He contribuído en distintos aspectos a este debate, desarrollado en los artículos que se pueden encontrar en <http://csamary.free.fr>, en la rúbrica correspondiente a las alternativas.
3. Hubo más de un millón de muertos en el espacio yugoslavo durante la Segunda Guerra mundial, víctimas de la guerra mundial, contra las potencias ocupantes de Alemania y la Italia fascista, y de las guerras civiles imbricadas en estos combates, contra las fuerzas reaccionarias internas que promovían proyectos de estado-nación que propagaban los odios interétnicos.
4. Tito era responsable del envío de las Brigadas Internacionales a España contra el franquismo –y esa lucha marcó y formó a muchos cuadros comunistas yugoslavos... Stalin no se equivocó cuando quiso disolver ese partido. Para protegerse, Tito evitó algunos viajes a Moscú y apoyó un modo de funcionamiento clandestino del PCY, independiente de la financiación soviética...
5. Milovan Djilas, *Une guerre dans la guerre*, Robert Laffont, 1979, y *Conversations avec Stalin*, 1965; Vladimir Dedijer, *Le défi de Tito*, Gallimard, 1970 ; François Fejtö, *L'Histoire des démocraties populaires*, Le Seuil, 1952, 1992.
6. Cf. *La réconciliation soviéto-yougoslave 1954-1958 – Illusions et désillusions de Tito*, Pierre Maurer, DeVal, 1991.
7. Kardelj EEE. (1976) *Les contradictions de la propriété sociale dans le système socialiste*, Paris : Anthropos. Supek R., editor. (1973), *Bilan critique du socialisme yougoslave*, Paris : Anthropos.
8. Sobre las diferentes fases y mecanismos de las reformas yugoslavas, cf. *Le marché contra l'autogestion, l'expérience yugoslave*, Ed. Publisud/La Brèche, 1998; y con aspectos comparativos respecto a los otros países de Europa del Este, el *Cahier* del IIRE de 1992, “*plan, marché et démocratie*”; sobre el período de crisis, cf. *La déchirure yougoslave: questions pour l'Europe* (L'Harmattan. 1998); en fin, sobre la fase última del desmantelamiento del sistema. *Yougoslavie: de la décomposition aux enjeux européens*, Ed. du Cygne. 2008.
9. Roux M. (1999), *Le Kosovo. Dix clés pour comprendre*, Paris : La Découverte.
10. Los años 1980 fueron los de una política restrictiva de ajuste exterior, de un estancamiento del producto social, etc. De ahí derivaron tensiones políticas crecientes que permiten comprender mejor lo que siguió, esto es, el ascenso de los nacionalismos y, a en última instancia, el estallido de Yugoslavia.
11. Sobre las grandes bifurcaciones y transformaciones en Europa del Este, cf. <http://semimarx.free.fr/>
12. Woodward S.L. (1995), *Balkan Tragedy - Chaos and Dissolution after the Cold War*, Washington, D.C.: The Brookings Institution.
13. El neologismo fue utilizado a la vez por Timoty Garton Ash (1993) para describir las transformaciones de Europa del Este, y por Predrag Matvejevitich, autor croata-yugoslavo que ha escrito “*El mundo de los ex*”.

14. Samary C. (1999), "Autodétermination : le cas yougoslave", Actas del coloquio internacional " *La justice et la guerre* ", *Dialogue*, n° 31-32, Paris,
15. Kubli O.L. (1998) *Du nationalisme yougoslave aux nationalismes post-yougoslaves*, L'Harmattan ; Morokvasic M., ed. (1992), "Yougoslavie : logiques de l'exclusion", número especial de *Peuples méditerranéens*, 61, octubre-diciembre ; Masson D. (2002), *L'utilisation de la guerre dans la construction des systèmes politiques en Serbie et en Croatie, 1989-1995*, Paris : l'Harmattan.
16. Los serbios de Bosnia-Herzegovina rechazaban que esta república se hiciera independiente y los croatas que vivían en ella reivindicaban la anexión de la "Herzeg-Bosna" a Croacia. Cf. Bougarel X. (1996), *Bosnie. Anatomie d'un conflit*, Paris, La Découverte ; Dérens J-A & Sanary C " *Les conflits yougoslaves de A à Z* ", Ed. De l'Atelier (2000) ; Masson D. (2002), *L'utilisation de la guerre dans la construction des systèmes politiques en Serbie et en Croatie, 1989-1995*, Paris, L'Harmattan ; Glamocak M. (2002), *La transition guerrière yougoslave*, Paris, L'Harmattan.
17. RECEO *Revue d'Etudes comparatives Est/Ouest* (1999), *Les transformations économiques dans la péninsule des Balkans*, número especial coordinado por Y. Rizopoulos, vol. 30, n° 4, diciembre, Paris, CNRS ; RECEO (2004) Volumen 35 – marzo-junio, n° 1-2, sobre la transición serbia, incluyendo en particular mi análisis comparativo de Serbia y de otras transformaciones en Europa del Este, <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article7526> ; Papic Z., Ed. (2001), *International Support Policies to Southeast European Countries: Lessons (not) Learned in B-H*, Sarajevo, Müller.
18. Vukadinovic N. "Slovénie", *Études du CERI*, Paris (varios años después de 1999), Fondation nationale des sciences politiques; cf. también, Félice M. (1995), "Slovénie des atouts mis à profit", en E. L'homel, , ed. (2000), "L'Europe centrale et orientale. Dix ans de transformations (1989-1999)", *Les études de la Documentation française*, CEDUCEE.